

plo de su propia hija, no fué ménos celoso que su yerno Olaus de Noruega para la propagacion de la misma religion. Él recibió con alegría á la colonia de misioneros católicos que, bajo la direccion de San Sigfrid, habian hecho ir de Inglaterra su hija y su yerno, y habian enviado á su padre para que le ayudase á cristianizar la Suecia. Con este poderoso auxilio hizo derribar el gran templo de los idolos que habia en Ulpsal, y que era el gran foco de la supersticion y de la idolatría de toda la Gotia, y consiguió establecer el Cristianismo en todos sus estados. En el mismo tiempo, y por los mismos medios, la nacionalidad y la monarquía suecas fueron constituidas, como en Francia, en España, en Inglaterra y en el resto de Europa, sobre la unidad de la fe católica. Ved aquí, pues, otras dos nacionalidades y otras dos monarquías cristianas formadas de restos de pueblos bárbaros, y de jefes más bárbaros que sus mismos pueblos, por la accion de la Iglesia y la cooperacion de la mujer (1).

§ XLI.—Ojeada sobre las santas reinas de Alemania.—Santa Matilde.—Lo que le debió el emperador Enrique I, su espos.—Cómo gobernaba ella el Estado en su ausencia.—Piedad de sus hijos.—Su vida de caridad, áun despues de la muerte de su esposo.—Su retiro á un convento.—Circunstancias edificantes de su preciosa muerte.—Santa Adelaida.—Su modo de gobernar el Imperio le hizo adquirir el título de *Madre de los reinos*.—Los ricos dones y la piadosa embajada que envió al sepulcro de San Martin.—Su santa muerte.

Pero descendamos á Alemania para contemplar de cerca al ménos algunas de las santas princesas que en la misma época brillaron allí, en tan gran número, con el dulce esplendor de las virtudes cristianas, y continuaron la mision de la mujer católica, que Santa Clotilde comenzó en Francia, de santificar los tronos, de cristianizar los estados y de hacer felices á los pueblos.

(1) Más tarde la Suecia fué tambien muy feliz bajo el reinado de Ulphon. Pero este santo Rey fué atraído á las prácticas de la verdadera piedad y de los deberes de su cargo por las exhortaciones enérgicas y los excelentes ejemplos de su esposa, Santa Brígida, tan célebre en la Iglesia por la grandeza de sus revelaciones y por el prodigio de su santidad. Con su cooperacion gobernó Ulphon santamente sus pueblos por largo tiempo; y habiendo tenido un heredero al trono, tambien por sus consejos hizo voto de continencia el mismo

El emperador Enrique I, llamado *el Pajareiro*, á causa de su passion por la caza, fué un gran rey. Feliz por haber vencido y sometido á todos los enemigos exteriores, lo fué todavia más por haber restablecido el orden y la paz en el interior del Imperio, y por haber hecho reinar la justicia y florecer la religion en él. Pero él debió estos resultados y las bendiciones que descendieron sobre su reinado á la sabiduría de los consejos de Santa Matilde, su esposa, á la santidad de sus inspiraciones y al fervor de sus oraciones. Instruida ella en la escuela de otra Santa Matilde, su abuela, abadesa del monasterio de Erfut, habia aprendido desde su infancia á despreciar las grandezas del siglo y á constituir sus delicias en la lectura de los libros santos y en los ejercicios de la devocion y de la caridad. Pero la verdadera piedad es para todos, y especialmente para la mujer, una mina inagotable de luces, de buen sentido y de virtudes. La mujer verdaderamente piadosa es en todas partes lo que debe ser. Por consiguiente, Santa Matilde, que en el convento era una religiosa perfecta, casada con Enrique y colocada en uno de los tronos más grandes del mundo, desplegó todas las virtudes y todos los talentos de una gran reina. Empeñado el Emperador en continuas guerras contra los enemigos del Imperio, y obligado á pelear contra los húngaros y los dinamarqueses, dejaba á su santa esposa la administracion interior del Estado; y los negocios públicos, sin embargo de ser dirigidos por una mujer, prosperaban de dia en dia; el Estado estaba tranquilo y los pueblos eran felices. Y cuando su esposo, volviendo de sus largas excursiones, se encargaba de nuevo del gobierno, lo encontraba todo en el mayor orden. Entonces dejaba la santa Reina las funciones de regente para tomar las de abogado de todos los desgraciados, de consejero de la justicia y ministro de la clemencia y del perdon. Los prisioneros eran el objeto especial de su compasion; ella no estaba nunca más satisfecha que cuando podia volverles la libertad y restituirlos á sus fa-

dia que su esposa; y en fin, renunció á la corona y vistió el hábito de religioso del orden del Cister, en tanto que Santa Brígida dejó tambien la corte y se retiró á un convento y fundó el orden *del Santo Salvador*, compuesto de religiosos y de religiosas, que hizo un gran bien en toda la Europa septentrional, y cuya principal casa, de Vaston, en la Gotia, fué conservada y respetada áun despues de la introduccion del protestantismo en Suecia. (Feller, *Art. S. Brig.*) Poco despues volverémos á tratar de Santa Brígida.

milias. Su esposo secundaba perfectamente sus pensamientos, creyéndose dichoso en tener á su lado un ángel que le ayudaba á hacer el bien y hacerse amar de sus pueblos. Cuando los derechos de la justicia y la seguridad del Estado se oponian á que se diese libertad á aquellos desgraciados, Santa Matilde aliviaba al ménos el rigor de su situación, suministrándoles abundantes socorros, visitándolos ella misma y exhortándolos á que expiasen sus crímenes por medio del arrepentimiento, á fin de obtener el perdón de Dios, ya que no podian obtener el de los hombres. Sin quitar nada á la meditacion y á la oracion, que para Matilde reina no perdieron jamas los encantos que habian tenido en otro tiempo para Matilde religiosa, y á las que consagraba una gran parte de la noche, la santa princesa no creia envilecer su rango visitando al pobre enfermo en su lecho, al desgraciado en su humilde morada, consolando al uno y al otro, y socorriéndolos á todos con la generosidad de una reina y la ternura de una madre. Habiendo hecho, con esta clase de vida, la ventura de su esposo y de sus pueblos, hizo igualmente la de sus hijos. Éstos fueron el emperador Otón I, que renovó los ejemplos de piedad, de virtud y de valor de sus abuelos sobre el trono de Carlo-Magno; la reina Gerberga, que fué á la corte de Francia á perpetuar en ella la santidad de las princesas de aquel reino, y San Bruno, obispo de Mayenza, uno de los más ilustres prelados y de los más grandes apóstoles de Alemania.

Satisfecho por haber cogido tan buenos frutos de la educacion cristiana que habia dado á sus hijos, habiendo muerto el emperador Enrique, se retiró al gran monasterio de Northause, que ella habia fundado, tan célebre por el número y por la santidad de sus religiosas. En él se contaban hasta 3.000 vírgenes, de las más nobles familias de Alemania, que observaban una vida angelical, dividida entre la contemplacion de las grandezas de Dios y los cuidados en aliviar las miserias de los pobres.

En aquel monasterio fueron á verla por la última vez sus hijos y sus nietos para pedirle su última bendicion. Su despedida de ellos fué muy piadosa y muy tierna. No se separaron hasta despues de haber asistido á la misa y haber comulgado juntos, á fin de permanecer siempre unidos espiritualmente en Dios, en la unidad de la misma fe, de la misma esperanza y del mismo amor. Durante la ceremonia, el Emperador, siempre de rodillas, habia orado con un

recogimiento profundo y con una gran devocion. Conmovida su santa madre por estas señales de piedad de su hijo, despues que él marchó volvió á la iglesia, y puesta de rodillas en el lugar donde él habia orado, se puso á besar, llorando, las huellas de aquel hijo, que le era tanto más amado cuanto más cristiano se habia mostrado. Habiéndolo sabido el Emperador, se apeó del caballo y fué á postrarse á los piés de su santa madre, diciéndole: «¡Oh venerable señora! ¿con qué podré yo pagar jamas esas lágrimas?» Y despues de un breve coloquio se abrazaron de nuevo con los sentimientos de una ternura mutua, mezclada de respeto, y se separaron para no volverse á ver más en esta carne mortal.

Desde aquel momento, presintiendo la santa Reina que su fin estaba cercano, no pensó más que en prepararse para el gran paso del tiempo á la eternidad. En efecto, habiendo caido enferma, mandó á los obispos, á las iglesias y á los pobres los bienes que le restaban. Ella hizo preparar la mortaja y todo cuanto era necesario para su sepultura; ella hizo llamar á los sacerdotes y á las religiosas, y habiendo acudido una gran multitud de personas deseosas de verla, mandó que dejasen entrar á todo el mundo, á fin de dar consejos saludables á todo el mundo, y que todo el mundo, en aquel momento supremo, asistiese á sus oraciones. Ella se confesó y pidió públicamente á Dios perdón de sus pecados. Ella asistió á la misa que se celebró por su alma; y habiendo recibido el Santo Viático y la Extrema-Uncion, hizo que la acostasen en el suelo sobre un cilicio, y se puso ella misma la ceniza en la cabeza, diciendo: «El cristiano no muere mejor que sobre la ceniza y el cilicio.» Habiendo hecho despues la señal de la cruz sobre su frente, sobre sus labios y sobre su corazon, se durmió tranquilamente con la muerte preciosa de los justos. Así era como aquellas grandes almas, aquellos prodigios de la fe y de la gracia se iban al cielo, dejando en pos de sí huellas luminosas de verdadera grandeza y de verdadera gloria en la tierra.

La gran emperatriz de Alemania, Santa Adelaida, hija del Rey de Borgoña y nieta de Santa Matilde, caminó por la misma senda, aun cuando Dios probó su virtud con grandes desgracias. Habiendo quedado viuda á los dos años de matrimonio, se retiró del mundo, y no tuvo otro pensamiento que el de instruir en la verdadera piedad á su hija única, Emma, que fué despues esposa de Lotario, y

una de las más grandes reinas de Francia. Este cambio de santas princesas entre las cortes cristianas de Europa, que fué uno de los más singulares fenómenos de aquella época, no contribuyó poco á afirmar el Cristianismo y á civilizar á los reyes y los pueblos. Casada en segundas nupcias con el hijo de Santa Matilde, el emperador Oton I, que la habia sacado de su prision, usó de su nueva grandeza únicamente en beneficio de las iglesias, de los pobres y de los oprimidos. Á la muerte de su esposo y de su hijo único, el emperador Oton II, fué llamada á la regencia del Imperio, y todos tuvieron motivo para felicitarse de esta eleccion. Á la cabeza de un gran Estado, se hizo admirar y respetar, más bien por su sabiduría, por su bondad y por su dulzura, que por la elevacion de su rango y por la grandeza de su poder. Su celo por el bien público, y su amor al pueblo, la hizo llamar la *Madre de los reinos*. Su reinado se consideraba en Alemania como uno de los reinados más brillantes y más felices.

Modesta en sus vestidos, y tan severa consigo misma como indulgente con los demas, empleaba en la manutencion del culto y en socorro de los pobres todo lo que sustraia al lujo y á la molicie. De este modo, sin valerse de los fondos públicos, pudo fundar un gran número de iglesias y de establecimientos de caridad en Alemania y en Francia; porque, aunque colocada en un trono extranjero, jamas se olvidó de su patria. Habiendo sabido que se iba á reedificar el monasterio de San Martin, de Tours, que habia sido quemado, quiso contribuir á aquella restauracion piadosa, y con una gran cantidad de dinero envió una parte del rico manto imperial de su hijo, encargando al portador que dijese de su parte á San Martin: « Obispo de Dios, recibid esos pequeños dones que os ofrece Adelaida, la sierva de los siervos de Dios, pecadora por su naturaleza, pero emperatriz por la gracia de Dios; recibid esa parte del manto de mi hijo Oton, vos, que dividisteis vuestro manto para vestir á Jesucristo en la persona de un pobre. »

Habiendo conocido por una luz divina que se acercaba su fin, quiso hacer algunas peregrinaciones á los santuarios de Borgoña. San Odilon, abate de Cluny, salió á su encuentro. Habiéndole visto la santa princesa, besó respetuosamente la orla de su vestido, y le dijo llorando: « Acordaos de mi alma en vuestras oraciones, porque ya no nos veremos más en la tierra. » La profecia no tardó en

cumplirse. Queriendo celebrar algunos dias despues, segun su costumbre, el aniversario de la muerte de su hijo Oton, reunió una gran multitud de pobres y les distribuyó una gran limosna, postrándose á los piés de cada uno de ellos, para adorar á Jesucristo en sus personas. Como ella sufría ya mucho, esta fatiga aumentó su enfermedad y la redujo al extremo. Sintiendo que el mal se agravaba, pidió la Extrema-Uncion y la Eucaristía, que recibió con la más tierna devocion y con la mayor alegría. Ella hizo en seguida que le cantasen los salmos penitenciales y las letanias de los santos, juntando su voz moribunda á la de los sacerdotes; y pronunciando estas palabras divinas: « Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu », espiró, llevando consigo las lágrimas de todos los pueblos, á quienes habia hecho felices con su gobierno, y de toda la Iglesia, á quien habia edificado con sus virtudes.

§ XLII.—Santa Cunegonda, casada con el emperador San Enrique, conserva la virginidad en el matrimonio.—Celo de estos santos esposos por el culto de Dios, por la defensa de la Santa Sede y por la propagacion del Cristianismo.—La Hungria, convertida por su mediacion al Cristianismo.—San Estéban y la princesa Gisela, hermana de San Enrique.—Felicidad del Imperio durante el reinado de San Enrique y de Santa Cunegonda.—Hermoso espectáculo de la consagracion solemne á Dios de la santa Emperatriz, despues de la muerte de su esposo.—Su admirable muerte.

La más célebre de las santas princesas de Alemania es Santa Cunegonda, por causa del emperador Enrique II, su esposo, llamado *el Piadoso*, de quien, con los encantos de su pudor, con los ejemplos de su fervor y con la sabiduría de sus consejos, hizo un ángel en la tierra, un gran santo y el más glorioso de los emperadores; en una palabra, el San Luis de Alemania. Á fin de poder dedicarse mejor á la felicidad de los pueblos y al servicio de Dios y de la Iglesia, estos dos augustos esposos, los más santos y los más ilustres de cuantos ocuparon el trono imperial de Occidente, vivieron siempre en la santa virginidad; de modo que San Enrique, próximo á morir, pudo decir á los padres de su santa esposa: « Ved ahí á vuestra admirable hija; vosotros me la entregasteis virgen, y yo os la devuelvo tal como me la entregasteis. » Todo era sencillo, modesto y afable en la conducta de ellos; todo era puro en sus rela-

ciones mutuas, todo era santo en sus intenciones, todo era grande y heroico en sus obras. Ellos eran dos ángeles, que rivalizaban en ver cuál de ellos habia de dar más gloria á Dios y hacer más bien á los hombres. Jamas se habia visto un espectáculo semejante, de un trono ocupado por dos santos, que se santificaban cada vez más el uno por el otro, y que reflejaban sobre la córte y sobre sus pueblos los dulces rayos de su santidad. Así es que los admiraban como un prodigio, los amaban como á unos padres, y los veneraban como á unos seres sobrenaturales y divinos. No sólo en Alemania, sino tambien en Francia y en Italia, adonde los santos esposos hacian llegar los rasgos de su magnificencia cristiana, tributaban homenaje á sus virtudes. Aun fuera de Europa se pronunciaban sus nombres con admiracion y respeto. El Oriente envidiaba al Occidente esta maravilla. Ellos eran el objeto de la estimacion y de la veneracion del mundo. Nada igualaba á su celo por el esplendor del culto y la asistencia de los pobres. En su reinado fué cuando la Alemania vió restaurar con magnificencia sus iglesias, que los infieles habian destruido; entónces fué cuando vió su suelo cubierto de un número prodigioso de nuevas iglesias, de nuevos obispados ricamente dotados, de monasterios y de establecimientos de toda especie, consagrados al sostenimiento de la piedad y al alivio de la desgracia. Coronados en Roma por el papa Benedicto VIII, dieron hospitalidad á este Pontífice, que se habia visto obligado á salir de Roma, y le restablecieron en su silla. Para la defensa de esta misma silla hicieron la guerra á los emperadores griegos, y les obligaron á restituir las ciudades que habian quitado á la Iglesia. Defensores generosos de la Iglesia, fueron tambien sus más celosos propagadores. Habiendo triunfado de la belicosa Hungría, que era todavía medio pagana, en vez de agregarla á sus estados, quisieron hacer de ella un reino aparte, un reino católico, un nuevo reino de Jesucristo, y así lo hicieron. San Enrique tenía una hermana digna de él; ésta era la princesa Gisela, que, educada por Santa Cunegonda, se habia hecho tambien una santa, que imitaba á su santa cuñada como á su modelo, y la amaba como á su madre.

Pues bien, la única condicion con que San Enrique concedió la paz y la independenciam á la Hungría fué que Estéban, su jefe, se casase con la princesa Gisela y procurase atraer el resto de sus pueblos al Cristianismo. La condicion fué aceptada, y Santa Gisela fué

la Santa Clotilde de Hungría, como Estéban fué su Clodoveo; porque á las instrucciones y á las exhortaciones de su santa esposa fué á lo que debió San Estéban hacerse el apóstol y el legislador, el rey obispo y el obispo rey de su pueblo, el fundador de la nacionalidad y de la monarquía húngaras (1), cuyos fundamentos, como veremos despues, habia echado otra santa mujer.

Pero al mismo tiempo que San Enrique fué un humilde y afectuoso hijo de la Iglesia, fué tambien un gran emperador. Ningun soberano hizo más bien á sus súbditos ni fué más temido de sus enemigos. Jamas estuvo el Imperio más tranquilo, jamas fué más feliz en el interior ni más considerado en el exterior. Se llamó á su reinado *la edad de oro de Alemania*. Pero esto consistia en que el santo Emperador dividia con la santa Emperatriz los cuidados del gobierno de sus vastos estados; esto consistia en que los santos esposos nada emprendian, respecto al gobierno, sin haber orado mucho; de modo que el pueblo decia: «Ellos triunfan de sus enemigos más bien por las oraciones que por las armas.»

Habiendo muerto San Enrique, apenas se resintió el Imperio por una pérdida tan grande; porque, gobernado por la débil mano de una mujer, Santa Cunegonda, prosperó tanto cuanto hubiera podido prosperar siendo gobernado por el hombre más grande. Pero esta mujer era una gran santa, que, por lo mismo que pertenecia toda á Dios, y no á sí misma, pertenecia toda á sus pueblos, y procuraba hacer reinar en ellos el orden, la justicia y la felicidad. La

(1) Se sabe que, en recompensa del celo que manifestó San Estéban en convertir á toda la Hungría, y en fundar en ella una multitud prodigiosa de obispados, de iglesias y de conventos, no sólo le dió el Papa el título de *rey de Hungría*, y le envió de Roma la corona, que él llevó en su consagracion, y que despues ha servido siempre en la consagracion de todos los reyes de aquel país, sino que le llamó el *apóstol* de sus pueblos, le nombró su legado, y le concedió á él y á sus sucesores el privilegio único de llevar la cruz episcopal en el pecho, y de hacerse preceder, como hacen los obispos, por la cruz en todas las ceremonias públicas. Estos santos esposos tuvieron tambien la ventura de dar otro gran rey á la Hungría y otro gran santo á la Iglesia, en la persona de San Emerico, su hijo, para quien San Estéban, su padre, escribió su admirable instruccion, en diez artículos, *Sobre el modo de gobernar el Estado*; nada hay más sensato, más sólido, más cristiano ni más perfecto, en materia de ciencia gubernamental, que ese tratado. Y sin embargo, ésa es la edad que la insolencia y la estupidez de los modernos se atreve á llamar *bárbara*.

mejor prueba de su desprendimiento de todo interés personal y de toda ambición del poder y de las grandezas del mundo fué que, cuando Conrado fué elegido para suceder á San Enrique en el Imperio, exclamó: «Está muy bien; ésta era la intención y la voluntad de mi augusto esposo y señor.» Y apresurándose á entregar al nuevo Emperador las joyas y las insignias del Imperio, dejó la corte y se retiró á Kaffung, cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn, á un convento fundado por ella. Tan pronto como se concluyó la obra de la iglesia del mismo convento, reunió en él un gran número de obispos para hacer su dedicación. Aquel día era el aniversario de la muerte de su santo esposo. Ella asistió á la ceremonia, orando y haciendo que todos orasen por el descanso de su alma. Ella estaba vestida con la mayor pompa; pero esto era sólo con el objeto de renunciar al mundo con la mayor solemnidad; porque, despues de la lectura del Evangelio, se quitó las vestiduras de emperatriz y tomó el hábito de religiosa, que éra una túnica muy pobre, que ella misma había hecho con sus propias manos. El obispo de Paderborn, despues de haberle cortado los cabellos, le puso el velo de las vírgenes y le dió el anillo bendito, signo de sus nuevas nupcias con el Rey del cielo. El pueblo, que llenaba la iglesia, testigo de esta escena de una mujer tan grande, colocada otras veces en un lugar tan elevado, del cual había descendido por amor de Jesucristo, no pudo contener las lágrimas. La emoción de una ceremonia tan tierna fué universal, el ejemplo muy grande y la edificación inmensa. Se ve, pues, que aquellas sublimes matronas, admirables por el modo con que llevaban la corona, lo eran todavía más por el modo con que la dejaban.

Santa Cunegonda, olvidando, despues de su consagración, su antigua grandeza, y haciendo los mayores esfuerzos para que nadie se la recordase, se condujo como la última de la comunidad, de que era fundadora, y como la sierva de las hermanas, cuya reina y cuya madre había sido. Despues de la oración y de la lectura de los libros santos, sus delicias consistían en cuidar á los pobres y en visitar y servir á los enfermos, conmoviendo con tales actos sus almas, al mismo tiempo que curaba sus cuerpos. Los enfermos se llenaban de admiración al ver convertida en sirvienta la misma que había sido su soberana. Á estos ejercicios de piedad para con Dios y de caridad para con los hombres, añadía Santa Cunegonda la

mortificación más severa de su carne virginal y todos los rigores de la más austera penitencia. De este modo pasó los quince últimos años de su vida. Todos la llamaban *la Santa*. No sólo la querían y la respetaban, sino que la amaban y la veneraban. No sólo se descubrían cuando ella pasaba, sino que se hincaban de rodillas. Al verla, creían ver un ángel del cielo que bajaba á la tierra, trayendo consigo la edificación, el socorro y la felicidad. No es posible pintar el desconsuelo de la comarca cuando se supo que *la Santa*, reducida al último extremo, iba á dejar la tierra para volar al cielo. Todos corrían al convento; todos lloraban, oraban, y no podían consolarse al pensar en la pérdida que iban á sufrir. En medio de la aflicción universal, habiendo recibido Cunegonda los sacramentos de la Iglesia, y haciendo que la acostasen en la tierra sobre un cilicio, permanecía tranquila y esperaba alegre su muerte. La única cosa que la afligió fué ver que preparaban un paño mortuario bordado de oro para cubrir su cuerpo. No pudiendo ya hablar, dió á entender por señas que no lo quería, y fué necesario, para tranquilizarla, prometerle que la enterrarían sólo con su hábito de religiosa. El cuerpo de esta esposa virgen fué llevado á Bamberg, según ella había pedido, y se le dió sepultura al lado del Emperador su virgen esposo. Allí se obraron muchos milagros por su intercesión; pero el mayor milagro de Santa Cunegonda fué su vida de grande soberana y de humilde religiosa, que la hizo grande ante los hombres y en presencia de Dios; pero sólo el Catolicismo es el que puede obrar tales prodigios en una mujer.

§ XLIII.—Otras santas reinas en el resto de Europa.—Santa Dombrowka convirtiendo la Polonia, y, por medio de su cuñada, también la Hungría, al Cristianismo.—La reina Santa Eduvigis y sus virtudes.—La reina Santa Cunegonda, llevando sal en dote á Polonia.

Pero de todos los reinos cristianos que se formaron en Europa en la Edad Media, la Polonia es, á nuestro modo de ver, el que debe más á la mujer católica bajo el punto de vista político y religioso. Sí, la Polonia, ese reino tan célebre, lo mismo por sus grandezas que por sus desgracias, debe á una mujer ese catolicismo que ha